**TELARAÑA**

No recuerdo muy bien cuando fue que comencé a adentrarme en esta caverna. Ahora mis manos transitan por la negrura, tocando, apoyándose en los destellos acuosos que dejan las gotas al caer, oscilantes, ofendiéndome y dándome guía, y mis ojos están tan ocupados en ver mis manos –están ahí, lo sé- que no puedo pensar en qué momento fue que ingrese, si fue hace una hora o dos, o quizás una semana, o un año, o mucho más incluso pues aquí el tiempo no corre normalmente si no que todo es, quiero decir, no se altera ni cambia si no que se mantiene, pegadizo, invisible, se mantiene puro e indisoluble, perpetuo entre esos brillos molestos, esas pequeñas motas de roció que me prueban que hay un sol en algún lado, alguna entrada o salida a este sitio.

Ah, ¿pero yo quería entrar o salir? Me cuesta darme cuenta. Tengo una vaga idea, como una imagen que me llama, viejísima, y esta es: yo camino, por un bosque de acres, y estoy furioso, tan enojado que no puedo ver nada, o quizás estoy triste, cualquiera podría ser porque ya no lo recuerdo, y asi entonces maldigo el bosque, y maldigo los acres y la tierra que piso y sigo pisando, moviéndome sin rumbo, creo haber tenido un rumbo en algún momento, cuando veía el sol pero ahora ya no hay sol si no solo arboles altos y grises y las cosas iluminadas por esos rayos cálidos me son vacías, las tuve seguro, puede que las tenga aun pero ya las olvide, dejaron de interesarme o perdieron su valor y ahora son mas oscuridad como la de esta cueva, mas sombras vanas de las cuales huir. No lo sé, ya no lo recuerdo. No. Sí, sí lo recuerdo. Pero ya no lo siento. Es extraño, ¿no? Pero es asi. Ya no lo siento. Antes, en esos momentos de sol que me son borrosos podía sentir muchas cosas. Había suelo bajo mis pies, y un cielo encima, y mis manos tocaban muros, personas, tocaban la piel de mi amante o las hojas de los libros, y con mi tacto percibía el mundo, con mis ojos lo contemplaba, le hablaba, danzaba junto con él como todos.

Luego vino el bosque gris, y entonces podía sentir todo también pero era efusivo porque corría, corría de furia y entonces el bosque, los arboles, inclusive las bestias a mi alrededor se hacían una mancha indistinguible, una mancha que no me alcanzaba pero que estaba ahí, persiguiéndome, instándome a aumentar mi trote y perderme más allá, en lo profundo de esa arboleda, allí donde la tierra yerma abría el paso y comenzaba a hundirse en una brecha plana, oscura, una hendidura sin aroma ni sonido, desprovista de toda luz y dolor.

¿Me metí de lleno, deslizándome por el barro o quizás dudé, por unos segundos, atemorizado por esa visión? Creo que fue lo segundo, aunque podría equivocarme. Podría estar equivocado en todo, ¿no? Quizás estoy durmiendo. Quizás esto es un sueño, y pronto voy a despertar. Ciertamente en ocasiones lo parece. No siento nada. Avanzo, me muevo, y ni siquiera espero una salida. A veces me cuesta superar el terreno porque esto es distinto, distinto al sol y al bosque, aquí no hay nada, solo yo y mis pensamientos rumiantes y los brillos que ya comprendo no son gotas, no, si los toco se estiran y me impiden moverme, tironean hacia atrás, no para hacerme volverme –ya no hay vuelta aquí, no más- si no para mantenerme en un lugar, entre las sombras, mudo y silencioso como el resto de las cosas que aquí toco: solo barro y tierra, a lo mejor, pero un barro y tierra blandos, a veces similares a piel o cabello, secos, casi indistinguibles aunque una parte de mi presiente que lo son, que hay más personas aquí, que otra gente ha estado gateando por esta cueva mucho antes que yo.

Ah. Como cuesta avanzar. Tengo que esforzarme, y ya no me quedan energías. ¿A dónde iba? A veces no me siento solo, ni siquiera en este lugar. No, no me refiero a la tierra blanda que agarro, a esa putrefacción sórdida que bien podría ser mi imaginación. Es algo más, que se mimetiza con la oscuridad o acaso es la oscuridad misma. No emite un solo sonido. Podría ser una manifestación corpórea del silencio que hay aquí, una creada por mi mente que aun aquí no quiere ceder, no piensa volver al bosque ni al dolor pero necesita a alguien, una mano amiga o enemiga, algo de lo que aferrarse para proseguir. Pero esto no empuja hacia adelante, ni hacia atrás. Esto me acecha, manteniendo una distancia prudente, con un hambre vieja escudriñando, dejando ver otros destellos que mas que destellos son focos de negrura, varios, difíciles de leer entre la misma materia que los rodea, focos que ascienden y me rodean, por debajo, por arriba, moviéndose lado a lado y a veces haciendo tambaleos como los que haría una tanza al ser estirada y soltada repentinamente, esa vibración en cierto punto furiosa y discordante arruinada al estar esos ojos fijos, helados, esa sed voraz clavada en mí sin importar nada más.

Se estira. Es frio, pienso. Creo que es el último pensamiento cálido que tengo, porque me estremece. Las cosas que estremecen son cálidas, son un fuego que desaparece con la repentina ventisca. Ese fue mi último fuego. Ahora mi compañía se estira sobre mí, moviéndose, aún más acostumbrada a la oscuridad. Yo me sigo moviendo también, gateando, pero lo que sea que es eso tiene más soltura aquí adentro. Me trabo un poco. Avanzar se vuelve una tarea más complicada. Algo me refrena, y me distrae de los movimientos de arriba. Tengo que moverme.

Tengo que moverme.

Empujo un poco más, a eso que parece elástico y que se me pega a la piel. Es como si toda la caverna vibrara, sin un solo ruido. Es como si sacudiera una estructura hecha de silencio, que regurgita más nada contra mí. Me tambaleo en cuatro patas, pequeños hilos pegados tirantes, rogándome que no siga. Había algo. Si, existía una cosa. En algún punto yo veía una cosa, o iba hacia algún lado, me estaba moviendo por algo. Ahora ya no, moverse es solo un reflejo, hasta el saberme acechado no es más que un dato insignificante, incoloro. Es simplemente otro desván de esta larga sombra. Siempre estuve aquí. No sé cómo no lo vi antes, no sé cómo no comprendí esta verdad. Todos estamos aquí. Todos existimos en este preciso lugar, solo que no lo notábamos. La luz ciega. La luz no revela nada, sino que difumina lo que es.

Pienso en la palabra *bosque*, intentando desentrañar su significado, arrancando mi pierna de la succión de esa barrera en la que me enredo. *Bosque*. Su sola composición no me dice nada, pero algo me dice que es importante, que debería saber que significa. *Bosque*. ¿Significa silencio? ¿Significa calma? ¿Significa frio, crudeza, aridez? La lista se reduce. Todo lo que hay es eso. No hay más significados aquí, ni los hubo nunca. Hay quizás destellos, esas motas que crecen y me rodean, pero ellas se hacen largas sedas que me envuelven con ternura y me adormecen en la oscuridad, y por lo tanto son tan solo más de lo mismo. Esto es todo lo que hay.

Ya no me muevo, pero apenas me sacudo. Me siento abrigado por el más helado de los abrazos. Olvidé, olvidé cual era la palabra. Mis ojos están ciegos, pero ven todo lo que hay. Es simplemente que ya no hay nada para ver. La palabra… No, aún mas atrás. Había una simple, una que debía recordar. Quieto, estático, y desciende sobre mí. Había una palabra previa a la dicha, de otro mundo distinto, uno que no coordina con la calma. Había un significado que no me viene a la mente, y mis manos enredadas se aflojan, y no lo puedo recordar ya, mis lagrimas son de arena y solo veo ese color negro bajar, y la palabra se me esfuma, se vuela, desaparece devorada por las formas repetidas, reptantes, voraces.

Desciende, y todo es nada.

de David Keyser